Sergio González Contreras

El traductor del Emperador

SAMARCANDA

El traductor del Emperador

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Sergio González Contreras
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103248
ISBN eBook: 9781524303532

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

A mi hija Paula…
Porque sin ella, nada, o casi nada, tendría sentido.

"Que mis ejércitos sean las rocas,
los árboles y los pájaros del cielo"

Carlomagno

Cádiz, a 1 de Octubre de 1560.

En paz con mi alma, y atendiendo a los preceptos de la buena educación, me presentaré a todo aquel que no considere la lectura de estas líneas una pérdida de tiempo. Mi nombre es Beltrán Gómez de la Cala y el destino quiso que viera la luz un veinticuatro de febrero del año del Señor de 1500, en la fría, húmeda y oscura Gante.

Mi padre se llamaba Juan, y no miento si digo que no sería capaz de otorgarle una profesión con la que se ganara el jornal durante los años que duró su existencia. Tal vez lo más apropiado sería decir que se limitó a acompañar a mi madre y a fracasar en todos los oficios en los que trató de cumplir. Se buscó un mal compañero de viaje, el vino, aunque lo correcto sería decir que se lo buscó con más frecuencia de lo recomendado. Si hubiera que buscar algo que justificara su modo de vida, tal vez podría decirse que le pudo el no ver el sol reflejado cada mañana en las aguas de su amada playa gaditana, y que la nostalgia le acabó destrozando su paso por este mundo.

Mi madre, Manuela de nombre, era diferente, y para ser justo he de decir que a ella se lo debo todo. Fue una abnegada ama de cría de la reina Juana de Castilla, loca la llamaban algunos, a doña Juana me refiero, ¡cuánto desconocimiento! Fue su trabajo con los hijos de don Felipe y su esposa el que los llevó por media Europa, y el que propició que finalmente se asentaran en tierra flamenca para casi morir allí, mi padre sin el casi.

Ellos, mis progenitores, nacieron los dos en esta ciudad en la que, si Dios o el Rey no deciden lo contrario, terminaré mis días en compañía de mi hijo, Germán. Cuántas veces recordaré la insistencia de mi madre: —A tu primer hijo varón ponle Servando o Germán, como los patronos de Cádiz, y si es niña, Carmen, para que la virgen del mar la guarde. —No tuve hermanos, y, viendo la actitud de mi padre, tal vez

fuera lo mejor, pero no por ello los culpo a ellos de nada en absoluto, estar solo depende de uno mismo. Pero lo cierto es que el hecho de ser hijo único me sirvió para ser autosuficiente desde que casi tuve uso de razón.

Puede que tenga que ver que el día de hoy sea señalado en el calendario para mí, puede ser que la edad me va ganando la partida y mi memoria flaquea más a menudo de lo que debiera, por lo que pido disculpas de antemano si incurro en algún error en mi relato, puede ser que el paso del tiempo también tenga que ver en el miedo de que tal vez algún día sea el último y mi conciencia, sabedora que se dejan cosas debidas por hacer, se intranquilice, aunque esa deuda sea con uno mismo, puede ser que he visto escribir mucha falacia a quien se le presuponía el deber de contar la verdad de lo acontecido esperando recibir favores por ello, sin olvidar que el ser ganador no te da el derecho a escribir la historia a tu antojo, aunque para ceñirme a la verdad, he de decir que así ha ocurrido siempre. Pueden ser muchas cosas, entre las que no hay que olvidar aquella de "Verba volant, scripta manent". Por todas y cada una de ellas, hoy, me he decidido a escribir estas memorias, o hazañas, de un anciano cansado de cuerpo y con más hartazgo del considerado normal en la mente y en el corazón.

A mis años, sesenta calzan ya mis huesos, no diría que he perdido la vergüenza, pero ya si me atrevo a hablar, y así lo notará todo aquel que se acerque a este escrito, de ciertas cuestiones que a más temprana edad no hubiera hecho. Considero que ya he vivido todo lo que, con mucha generosidad, me correspondía, con lo que poco me importa lo que piensen o digan los demás, y esto último no es muestra de arrogancia, sino de bagaje. En cuanto al honor, tan ultrajado quedó hace ya tantos años por la mala cabeza de una mujer, no restaría responsabilidad a mi persona en este asunto de no ser porque estuve enamorado de ella hasta donde la razón alcanza, y algunas veces más allá, que tampoco me escocerán prendas al contar cosas que cualquier hombre, por propio orgullo, no contaría jamás. Muy a cuento viene a decir que el amor cada cual lo disfruta o sufre a su manera.

Hoy ha sido el último de los días de las honras fúnebres que han conmemorado el segundo aniversario, aquí, en Cádiz, de la muerte de mi Señor, el gran Carlos I de España y V de Alemania, aquel que todo lo quiso, o al menos así se lo hicieron entender, y el que no todo lo pudo, y es que también es de humanos flaquear, y él no iba a ser menos. Aquel que lideró un Imperio en el que no se ponía el sol, aunque no conociera muchos de los rincones de sus dominios, y que hizo del "Plus Ultra" un modo de vida, y al que también le pasó factura aquello de "Quod severis metes". Ese y no otro es el motivo por el que el día de hoy es señalado para mí en el calendario. Como bien habrá podido comprobar el lector, el Emperador y yo compartimos el día y año de nacimiento, aunque he de decir que yo lo hice unas horas más tarde. A él consagré mi vida con mi consejo, con mi apoyo, con mi hombro para que llorara sus errores y con mis brazos para acogerlo y felicitarlo por sus aciertos. Sin olvidar aquella labor que hice cuando, en 1517, llegamos a España y estuve por un tiempo traduciendo todo lo que él decía y oía de la nobleza española del flamenco al castellano y viceversa. Todo ello cuál trebejo que se movió en un tablero que no dejaba de crecer, eso sí, de los de la fila de atrás, nada de peones sacrificables. Por advenedizo me tendrán muchos y muchas, pero tampoco eso me quita el sueño. De la amistad que nos unió desde niños no podría hablar aquí, aquello no fue una consagración, fue un deleite, e incluso una veneración, por lo que me siento hondamente afortunado. Y aprovecho el momento para pedir disculpas a los ortodoxos del protocolo si se sienten ofendidos por, en ocasiones, referirme a mi Señor por su nombre a secas, es como a él le gustaba que lo llamara cuando estábamos a solas, y en estos momentos en los que me refugio en mi alcoba para escribir es como si lo estuviera. Ni siquiera con los miembros de su familia con los que compartía la sangre simplificó tanto el trato, y ello debe hacer entender al lector aún más nuestra relación. Dicen en esta bendita tierra gaditana que "Para muestra un botón" y he aquí que puedo decir, al menos así me lo contó mi madre, que la primera conversación entre el Emperador y mi persona fue una retahíla de chillidos, gestos y risas, puesto que todavía no habíamos aprendido ni

a hablar. No quiero que haya malos entendidos, y así lo entenderá el lector conforme avance en estas líneas, al decir que entre Carlos y yo no hubo contubernio alguno. Es por todo ello por lo que he creído oportuno escribir estas memorias. En ellas contaré vida y obra de mi Señor, nadie mejor que yo conoce cómo fueron muchos de los hechos, pero acompañaré ese relato de vida de la mía propia. Es posible, y lo acepto, que mi existencia no pueda suscitar interés alguno si se compara con la de aquel al que serví, pero sería imposible para mí narrar nada en relación a nuestra Majestad sin añadir lo que viví junto a él, por muchas razones, pero la primordial es que he decidido, en un gesto de pura vanidad, ¿para qué nos vamos a engañar? dar a conocer que muchos de los hechos relacionados con esa vida y achacados a Grandes y Privados de España y Europa, fueron en realidad obra mía, y que en el pasado otorgué la virtud a los que pensé que debía concederse, otro gallo hubiera cantado de darse las mismas circunstancias a día de hoy. Para ser honesto he de reconocer que en muchas ocasiones lo hice por temor a que la decisión tomada o el consejo dado me acarrearan malas consecuencias, pero ahora, con el tiempo que ha pasado, y con el relevo generacional en el trono, ese que me hizo una gentil invitación al ostracismo tal vez por no darle desde pequeño el pábulo que esperaba, lo cual agradezco cada día más, poco o nada me importa. Ya no está en la mano del hombre distraer, alterar o quebrar mi conciencia.

Mucho se ha hablado, se habla, y estoy convencido que se hablará, de la Realeza, de la Aristocracia, de la Iglesia o de los grandes mariscales de campo que encabezan poderosos ejércitos. Pero que nadie se lleve a equívoco, debajo de la armadura y del yelmo, debajo de la sotana, la capa pluvial y la mitra, se esconden simples almas de cuerpos mortales con sus debilidades. No quiero con esto restar importancia a sus decisiones o dotes de mando, grandes todas ellas en muchas ocasiones, en otras no tanto, lo que quiero hacer saber es que detrás de esos seres humanos, existimos una legión de hombres, en ocasiones también mujeres, en los que se refugian cuando caen o dudan, buscando un consejo o un apoyo a lo hecho o decidido. En cuanto a los aciertos no siempre participamos de las congratulaciones, pero va en

el cargo y así hay que aceptarlo. De ese grupo de hombres, la historia, así lo ha demostrado hasta ahora, hace distinción atendiendo a la altura de la cama de cada uno, por lo que a mí me tocó la invisibilidad por obligación y cuando no fue así me la impuse yo mismo por conveniencia, por algo dijo nuestro señor Jesucristo que nos tratáramos como hermanos y no como primos.

Dicho todo lo anterior, y considerando que el lector se hallará en condiciones de saber los derroteros por los que discurrirá este relato, pasaré a iniciarlo. Debo decir que mi memoria, privilegiada ella durante toda mi vida, como mencioné anteriormente, me está fallando últimamente más de lo debido, por lo que también aviso, ya he pedido disculpas suficientemente, que puede ser que el caos reine en el orden del relato en ocasiones con reminiscencias inoportunas... Mi memoria, como ya he dicho. A día de hoy no me alcanza con fiabilidad más allá de los catorce años, por lo que todo lo que contaré hasta esa fecha será testimonio recibido de mi madre y lo poco que yo recuerdo. Es curioso que a ella no le fallara en ningún momento hasta el día en el que Dios la llamó a su lado. Así pues, el primer capítulo, que vendrá después de esta presentación, contendrá los hechos y vivencias del Emperador y mi persona desde nuestro nacimiento hasta nuestra mayoría de edad, los quince años. Los siguientes, atendiendo a mi idea de no seguir lo establecido, se irán desarrollando según me vaya placiendo. Solo me queda esperar que la lectura de estas líneas, y las que vendrán a continuación, supongan para todo aquel que se interese por ellas un placer, esa es una de mis intenciones.

I

1500-1515

Habían pasado ya tres horas del aquel recién inaugurado lunes, día veinticuatro de febrero de 1500, y todavía seguía la fiesta de la conmemoración de los estados flamencos. En Gante se sabía cuándo empezaba una celebración, lo de acabar era otra cosa muy diferente. La Prinsenhof se había vestido de gala para la ocasión, y en el salón donde debía celebrarse el baile se había instalado un baldaquino, cubierto de oro, bajo el cual Felipe de Habsburgo, conocido como el hermoso, y su esposa, Juana I de Castilla, mal llamada la loca, ya hablaré de esto más adelante, recibieron a todos los invitados. Doña Juana lucía un vientre que anunciaba el inminente alumbramiento del que sería su primogénito varón, puesto que la infanta Leonor iba camino de cumplir los dos años, pero ni aun sintiéndose mal durante toda la tarde anterior quiso perderse el acontecimiento. Conocidos eran sus enfermizos celos hacia su esposo, otra cosa es que estuvieran justificados o no, que lo estaban, valga como ejemplo la frase que dijo al llegar a Flandes por primera vez y ver el ambiente en el que se movía su recién estrenado esposo, y el trato que este les dispensaba a las mujeres de la Corte:

—Creía ser aquí la única reina, pero veo más de seiscientas.

El caso fue que dado el avanzado estado de gestación de doña Juana, y dada su obstinación por estar presente en la fiesta, se instaló un excusado en el mismo salón en el que se celebró el baile para las posibles necesidades que ella pudiera tener. Para empeorar la situación, habría que decir que la Reina se opuso tajantemente a que tanto sus amas de crías como las matronas la acompañaran.

—¿Acaso creéis que estoy enferma? Por Dios, que solo estoy embarazada, ni que fuera primeriza.

Justo es decir que la adaptación de la hija de Fernando el Católico a la Corte flamenca fue, por decirlo de alguna manera, complicada. Su carácter sobrio, resultado de una educación condicionada por una religiosidad muy acentuada, contrastaba con el carácter jovial y por lo general abierto y festivo de su marido, y por extensión de los flamencos. Hasta su modo de vestir, típicamente castellano y de corte grave, se veía incluso con un punto de duelo al lado de los alegres encajes y brocados de los congéneres de su esposo.

Pero para seguir siendo justo habría que hablar en este momento de don Felipe. Su carácter, completamente opuesto a de su esposa como ya he dicho, parecía estar diseñado a conciencia para las relaciones sociales, sobre todo, y muy especialmente, con las mujeres. Hasta tal punto tenía calada su manera de ver la vida, que en ningún momento renunció a nada, ni cuando contrajo matrimonio ni cuando llegaron, uno detrás de otro, sus hijos.

La fiesta continuaba y el vino corría sin mesura, por lo que, conforme fue avanzando la noche, la necesidad de don Felipe de acercarse a las también ebrias cortesanas era cada vez mayor. Nadie echó de menos a la reina, nadie se acordó o preocupó por su prolongada ausencia. Tan solo los vítores lanzados por los caballeros que rodeaban el excusado, del que las damas de compañía de doña Juana habían forzado la puerta con preocupación, hicieron saber a don Felipe, y por ende a toda la Corte, que el segundo hijo del matrimonio había nacido. Juana, hija de Monarcas y madre de un Emperador, Reyes y Reinas, parió en soledad, como ocurrió en general siempre que estuvo al lado de su marido y lejos de su Castilla natal.

En el caso de mi nacimiento fue todo muy diferente, o casi. Mi madre dio a luz asistida por la comadrona de turno y todo discurrió con normalidad. Ella nunca me lo ha confesado, pero yo he tenido siempre la sensación de que el hecho que mi venida al mundo fuera el

mismo día que el de mi Señor se debió al sofocón que se llevó al enterarse de las circunstancias del parto de su Señora, porque la verdad es que todavía no había salido de cuentas. Puesto que me he propuesto contar toda la verdad, he de reconocer que hubo algo que se dio en los dos alumbramientos, y es que su padre estaba rodeado de mujeres y el mío de beodos marineros en la taberna del puerto. Por una razón u otra, ambos lejos de sus respectivas esposas.

El bautizo de mi Señor fue el siete de marzo de ese mismo año. Sabida es la obsesión de los curas por meternos en el redil de la Iglesia cuanto antes. Hubo un gran desfile desde la Prinsenhof hasta el templo de San Juan, que fue el elegido para sanarlo del pecado. El nombre de Carlos fue en honor de su bisabuelo paterno, Carlos de Valois. Aunque no podría afirmarlo categóricamente, me atrevería a decir que si de doña Juana hubiera dependido, mi Señor se habría llamado Fernando, como su padre, pero se tuvo que conformar con ponerle dicho nombre al segundo de sus hijos varones. Sus padrinos fueron Carlos de Croy y el señor de Berghes, pero he aquí el hecho curioso que sus dos madrinas fueron las dos Margaritas, la de Inglaterra, conocida como la gran Madame, y la de Austria, las dos mujeres que sustituirían a doña Juana en el papel de madre. Ese mismo día empezó a disfrutar de su primer título nobiliario, otorgado por su abuelo paterno, el gran Maximiliano I, que no fue otro que el de duque de Luxemburgo. Ya me gustaría saber cuál es el sentido de que un niño de apenas quince días de vida ya soporte el peso de pertenecer a la alta Aristocracia. Conforme vaya avanzando en mi relato, el lector podrá comprobar que este detalle vendría a anunciar cómo sería la vida de mi Señor, con responsabilidades a temprana edad. Terminada la ceremonia se lanzaron fuegos artificiales desde la iglesia de San Nicolás, visibles en seis leguas a la redonda, según se dice. Y precisamente en aquella iglesia de San Nicolás, asustado, lo mostraba llorando como un descosido, palabras textuales de mi madre, por los cohetes y el agua fría, por muy bendita que fuera, estaba yo recibiendo el primero de los sacramentos. Hasta en eso coincidí con él, aunque la diferencia de celebración fue

abismal. Al menos puedo decir que en el día de mi bautizo se lanzaron fuegos artificiales, aunque no fuera yo el objeto de ese festejo.

Escaso fue el tiempo que mi Señor pudo disfrutar del amor y la compañía de sus progenitores. Su padre tenía claro su modo de vida y su madre no estaba dispuesta a separarse de su lado visto lo visto y le costara lo que le costara, el objetivo era salvar el matrimonio a cualquier precio, y fue alto. Y así fue que, excepto la vuelta a Bruselas de aquellos que le dieron la vida para el nacimiento de sus hermanas Isabel y María, uno y cinco años después, quedó abandonado de todo referente ancestro, al igual que todos sus hermanos, excepto Catalina, que fue la única que disfrutó, por decirlo de alguna manera, de la compañía de su madre. En ese momento entró en escena Margarita de Inglaterra, que puso todo lo necesario en lo alto de la mesa para que tanto a Carlos como a sus hermanas Leonor e Isabel no les faltara de nada, pero ahí estuvo el error, en que aquel cuidado de la gran madame se limitó a la intendencia, sin aportar calor alguno. Desde de su punto de vista aristocrático su labor no se puede cuestionar ni un ápice, pero aquellos niños necesitaban más. Mi madre me contó en muchas ocasiones que podía ver en las caras de los tres una falta de cariño enorme, y que ella, arriesgándose a sufrir una llamada de atención, los abrazó en muchas ocasiones y besó sus frentes cuando los arropaba por las noches en sus camas. Tres años duró aquella situación, lo que tardó Margarita de Inglaterra en morir. Tras el sepelio nadie reparó que tanto Leonor como Carlos e Isabel, con sus cinco, tres y dos años de edad respectivamente, quedaban huérfanos de su institutriz, porque de sus padres ni noticias. Entonces ocurrió algo que propició que aquellos tres niños, y más tarde también la infanta María, tuvieran una época feliz en sus vidas, o al menos con una felicidad diferente a la que les quedaba por disfrutar, y que de camino me hizo a mí acercarme definitivamente a mi Señor para no volver a separarnos nunca más. Las amas de cría, entre las que se encontraba mi madre, resolvieron, sin consultarlo con nadie, porque en realidad no había a quién consultar, hacerse cargo no solo del cuidado de los Infantes, que ya lo hacían, sino de aportarles algo de lo que habían carecido hasta ese momento,

amor. Además de darles un mundo y una vida de niños y no de adultos, como estaba ocurriendo desde que nacieron. Todos los días, Carlos, Leonor e Isabel jugaban en los patios de la Prinsenhof con nosotros, los hijos de los empleados del servicio. Mi madre siempre me ha contado que aquella época fue la mejor para ellos, porque al no existir todavía responsabilidades de formación, pudieron dar rienda suelta a sus verdaderos instintos infantiles.

Y así transcurrió todo hasta el año 1506, fecha a partir de la cual cambió la vida, no solo de Carlos, sino de todos los que lo rodeábamos. Pero antes de llegar a ese punto, me gustaría contar un par de hechos que transcurrieron con anterioridad y que serían relevantes en el devenir de la vida de mi Señor.

El diez de marzo de 1503 nació en Alcalá de Henares don Fernando, único hermano varón de mi Señor. Como si de un derecho adquirido por lugar de nacimiento se tratara, se decidió por parte de sus abuelos maternos, y de la realeza castellana en general, que no creciera en compañía de sus hermanos y que lo hiciera en España. Aquella decisión, además de ser una injusticia en los primeros años de vida del niño por verse apartado de sus hermanos, de los padres ya he hablado antes, fue algo que con el tiempo generó más de un disgusto a mi Señor, que pese a ser inmensamente generoso con su hermano pequeño no obtuvo una gratitud al completo como correspondencia, pero de eso ya hablaré más adelante. En este momento lo único que me gustaría decir es que esa relación entre hermanos, más mala por parte de Fernando que por Carlos, vino propiciada por la falta de roce entre ellos, y no solo por eso, el abuelo de ambos, el Católico, propició, con su preferencia por el menor, algo tremendamente irresponsable si atendemos a la línea de sucesión al trono, un sentimiento de frustración enorme en el momento en el que se vio obligado a partir de la tierra en la que había nacido y crecido. Frustración que trajo, como he dicho anteriormente, una conducta poco agradecida en algunos momentos con el que estaba llamado a ser Emperador de toda Europa. Pese a todo, no habría que culpar al menor de los hijos varones del

matrimonio entre don Felipe y doña Juana, en caso de ser necesario culpar a alguien, habría que buscar a quienes durante años llenaron de fantasías imposibles de cumplir la mente de un niño que creció, al igual que sus hermanos, sin referente paterno ni materno.

El otro hecho del que quería hablar ocurrió en 1504, concretamente el veintiséis de noviembre. En el castillo de la Mota, en Medina del Campo, murió Isabel la católica, dejando a su marido al mando de España y las Indias. Si hago hincapié en el único gobernante a partir de la citada muerte es para hacer constar que mientras vivió doña Isabel su marido se había limitado a decir poco más de: —Como tú quieras mi amor. —Con lo que el lector podrá hacerse una idea de la intensidad con la que la nobleza castellana se frotó las manos en aquel momento. La noticia llegó a Flandes poco después y si tengo que decir la verdad, que además quiero hacerlo, tengo que hacer constar que tan solo el grupo de hombres y mujeres desplazados desde España para cuidar de los hijos de don Felipe y doña Juana fueron los únicos afectados. Por lo demás el acontecimiento pasó inadvertido, sentimentalmente hablando. Se organizaron las pertinentes honras fúnebres en honor a la finada, a la que asistieron sus nietos vestidos de riguroso luto, pero nada más. En cuanto a los niños decir que para ellos tampoco fue algo importante, no conocían siquiera a su abuela.

El citado año de 1506 transcurrió con normalidad hasta que llegó el fatídico veinticinco de septiembre, aunque conociendo los resultados tal vez habría que poner en duda lo de fatídico. Ese día murió en la ciudad de Burgos don Felipe, llamado el hermoso y, por importancia al escrito, padre de mi Señor. Si me atengo a lo narrado hasta ahora en relación al trato de Carlos con sus padres, a la defunción tal vez no debería darse importancia, pero trajo consigo un hecho que, de haber sido de otra forma, la vida del futuro Emperador habría sido completamente diferente.

Antes de seguir no quiero dejar pasar, sobre todo por los amantes de las biografías, que la muerte de su padre le trajo a mi Señor en herencia un nuevo título nobiliario, aunque no lo usó hasta su mayoría

de edad, fue el de duque de Borgoña. Vuelvo a insistir en que no entiendo lo de los títulos nobiliarios a tan corta edad, estas cosas no traen sino peso en las espaldas en forma de responsabilidad, innecesaria a todas luces si atendemos a que llegado el momento, las decisiones en torno a ese título no las tomaba el niño, sino sus padres o en su defecto, como era el caso, sus preceptores. Dado que me encuentro hablando de la muerte de don Felipe, no rehuiré hablar del esperpéntico espectáculo que se dio con su cuerpo embalsamado desfilando por todos los reinos de España. Más de dos años estuvo el infeliz dando vueltas. No es de extrañar que a doña Juana se le tuviera por lo que se la tenía. De ella tendría que haber partido la decisión de parar aquel tétrico episodio, pero ni muerto se fiaba de su marido y a su lado estuvo recibiendo las condolencias. Mi opinión de todo esto es la misma que primó en Flandes, donde se estaba en total desacuerdo con todo lo que se hizo con los restos mortales de un Habsburgo, pero se aceptó, quizá pensando en el futuro.

El hecho al que me refería fue una decisión, tomada por su madre, que trajo consigo la distancia entre ella y cuatro de sus hijos. Tras la muerte de don Felipe, doña Juana, que asistió embarazada de la infanta Catalina a la procesión fúnebre de su marido, nacería el siguiente catorce de enero en Torquemada, y sabedora que todo lo que había en el mundo tras quedarse viuda no le interesaba en absoluto, se retiró al palacio de Tordesillas, en Valladolid, justo al lado del convento de Santa Clara, por aquello de tener cerca un lugar en el que espiar sus pecados, que solo ella sabe cómo los calificó y si estaban relacionados con, tal vez, una vida desgraciada por haber sido impuesta, pese a que le dio la oportunidad de conocer el amor en pura esencia según su punto de vista. Y hago bien al decir que nada de lo que contenía el mundo le interesaba, porque ni sus hijos lo hicieron. Nunca, en los muchos años que viví junto a mi Señor, le pregunté acerca de aquello, no me consideraba quien, pero lo cierto y verdad es que siempre he pensado que aquellos niños, en algún momento de su existencia, o durante toda ella, se cuestionaron la razón por la cual su madre, una

vez liberada de aquel amor enfermizo hacia su padre, no quiso vivir junto a ellos. Dicho esto, aquellos hermanos sufrieron el abandono de su progenitora, no por no haber estado junto a ellos siempre, sino por lo que podría haber sido y no fue.

Quiero hacer otro inciso aquí para hablar de la infanta Catalina, benjamina de la prole de don Felipe y doña Juana. Con ella ocurrió algo parecido a lo acontecido con don Fernando, pero con matices. En contra de la, en ocasiones, desagradecida actitud del que después fue regente del Imperio, Catalina mostró siempre una devoción enorme por su hermano, condicionada, claro está, por las noticias que los correos traían desde Flandes y no por lo que debería haber sido amor fraternal, puesto que ni se conocían. Carlos supo entender ese admirado cariño, por eso en el futuro le dio, aunque es de reconocer que lo hizo con todas las Infantas, el mejor de los enlaces al sentarla por matrimonio en el trono de Portugal. Aquel gesto fue el colofón a lo que hizo nada más llegar a España y librarla, por cese fulminante, de las vejaciones y el maltrato sufrido durante su infancia por los marqueses de Denia, encargados de cuidar de su madre. Madre que a la vez no supo, no pudo o directamente no quiso, velar por la única hija con la que compartía sus días.

Pasó aquel otoño, el invierno y la primavera siguiente y en la Prinsenhof todo seguía igual. Los juegos copaban el tiempo de la mayoría de las horas del día, aunque poco a poco, a mi Señor se le apartaba del resto de niños para aprender las cuatro reglas junto a un profesor mandado por su abuelo Maximiliano, que tenía planes para su nieto de los que no tardaríamos mucho en enterarnos. Es justo decir en este punto que el viejo Emperador, aun sin estar presente a diario en palacio, estuvo muy pendiente de la crianza de aquel niño llamado a ser el más grande entre los grandes. Para decir toda la verdad, tengo que destacar que a partir del siguiente septiembre Margarita de Austria también contribuyó a ello, como relataré en breve.

Carlos no era diferente al resto de niños con los que jugaba a diario, entre los que me incluyo, ni siquiera lo era de los llamados mejores amigos, que así lo fueron, no por nada en particular, sino por compartir con ellos los privilegios y usos adecuados a su condición social. Estos tres amigos de mi Señor fueron Juan de Sajonia, Federico de Füstemberg y Maximiliano Sforza. Y con respecto a mí, tengo que decir que sufrí en mis carnes muchas burlas y desprecios por su parte hasta que llegó el día en el que Carlos salió en mi defensa, diciendo que yo era su mejor amigo y no ellos, y aquello no se volvió a repetir, cosas de chiquillos que dirían algunos, pero el tiempo se encargó de hacer ver que aquel gesto escondía mucho más. Volviendo a la normalidad de mi Señor, he de decir que en algo destacaba de los demás y era en su mayor estatura ya desde pequeño, cualidad que contrastaba con una mirada triste y algo distraída, pero que a su vez no le restaba agilidad a la hora de superar con éxito los más duros ejercicios que se nos ocurrían para nuestras infantiles aventuras. En aquellos primeros años el juego fue algo que, como a cualquier niño, le gustó más que aplicarse en el pupitre. He de decir que fue muy ingenioso, tras la llegada de su tía Margarita, para librarse de su vigilancia y eludir el estudio para sustituirlo por el ocio.

He dicho anteriormente que el final de aquel año 1505 y el principio y mediados del 1506 se desarrolló con normalidad, pero en realidad no fue exactamente así. Para que el lector se haga, aun mejor, una idea de cómo era mi Señor contaré una anécdota, a estas alturas de mi existencia es solo eso, una anécdota, en aquel entonces fue algo que pudo cambiar mi vida para siempre e incluso pudo acabar con ella, que ocurrió a finales de octubre y que me tuvo en cama más de dos meses con dos costillas rotas y magulladuras por todo el cuerpo.

Nos había visitado aquella mañana un valeroso caballero, digo valeroso porque estando en tiempos de paz y llegando a palacio de la manera que lo hizo no es cuestión de catalogarlo de otra manera, aunque su porte se debiera a que estaba prendado de una de las damas de la Corte que había enviudado, muy joven, no hacía mucho tiempo. El

caso es que se presentó luciendo la mejor de sus armaduras, el yelmo calado, la lanza en ristre, el escudo sujeto al antebrazo y la espada ajustada a la montura de un magnífico caballo de guerra negro como la brea, para más señas con más brío de lo normal. Como niños que éramos, aquella estampa nos embelesó hasta transportarnos a los campos de batallas en los que, según algunos, yo ya no estoy tan seguro, se gana la mayor de las glorias. Tan admirados estábamos de aquel hombre al que no tardamos en perder de vista, a su caballo no, su caballo se quedó en el patio al cuidado de varios mozos de las caballerizas, que no pasó mucho tiempo hasta que empezamos a discutir acerca de quién de los dos era el mejor jinete. He de reconocer que mi orgullo me hizo una putada enorme, perdón por la expresión, porque es cierto que en aquel entonces mi destreza en la monta, comparada con la de Carlos, era ridícula. Pero aun así no dejé la porfía, creyendo que todo iba a quedar en eso, por hacer valer mis dotes a caballo. La cosa se complicó cuando los mozos se ausentaron del patio, dejando al animal atado a una argolla de la pared, y mi Señor se dirigió a mí con tono provocador:

—¿Qué te apuestas a que le doy una vuelta al patio en menos tiempo que tú? —Me dijo mirando al corcel.

—¿Te has vuelto loco? Si nos sorprenden montándolo —miré yo también al animal— nos castigarán hasta que nos salgan canas.

—¿Acaso tienes miedo?

—¿Miedo a perder la apuesta o al castigo?

—A las dos cosas... —Sonrió retador.

Solicito en este momento la licencia al lector para hablar de algo que, sobre todo a los hombres, necios nosotros, nos sucede cuando entendemos que nuestra gallardía está en juego. Esta inseguridad, porque no se trata de otra cosa según mi juicio, va cambiando con los años. Con poca edad ocurre con pequeños retos que nos llegan de los amigos y que, por lo general, no conllevan más peligro que una pequeña humillación, que además se olvida pronto, en caso de salir derrotado en el

lance, en caso de salir victorioso tampoco trae una satisfacción muy duradera que digamos. Conforme vamos creciendo la cosa se agrava y, llegados a cierta edad, puede traer consecuencias funestas. Y he aquí que suena la frase maldita que nunca queremos escuchar porque es como un hechizo que nos lleva a hacer cosas que sabemos de antemano que no van a salir bien, pero que aun así hacemos. Dicha frase no es otra que "No hay huevos", con perdón de la expresión. Escribo todo esto porque si con Carlos a los seis años me tocó el reto infantil, de mayor tuve que escuchar la frase del demonio y, lógicamente, el asunto no acabó bien, pero de eso hablaré más adelante, ahora continuaré con el relato y mi tesitura a la hora de poner en alza mi valentía:

—¿Cuál es la apuesta? —Dije resuelto.

—El que pierda se embadurnará del estiércol de los establos y después se sentará así a la mesa.

—De acuerdo. ¿Quién de los dos montará primero? —Dije sonriendo con malicia.

—Yo, yo lo haré primero. Tú cuenta en alto para que te oiga, después contaré yo a la misma velocidad.

Por la altura del portentoso animal tuve que ayudarlo a subir. Dos pasos hacia atrás y un cabeceo nervioso acompañado de un bufido nos avisaron del peligro, pero mi Señor se hizo con las riendas y lo controló al momento. Me desplacé hasta el medio del patio y empecé la cuenta al mismo tiempo que los talones de Carlos se clavaban en los ijares del equino, que reaccionó saliendo al galope. Hasta veinte pude contar antes que se completara aquella vuelta. Tragué saliva mientras Carlos desmontaba, consciente de que había llegado mi turno. Iba a pedirle que me diera un pie para subir cuando me dijo algo que me desconcertó:

—Espera. Me ha parecido oír que viene alguien. Asómate dentro por si fueran los mozos de las caballerizas.

Accedí a lo que me había pedido con extrañeza, yo no había oído nada, pero lo hice. A la vuelta lo encontré con la satisfacción marcada en el rostro y el gesto presto para ayudarme a montar. Una vez sentado en la montura me asusté todavía más. El caballo era tan grande que su cabeza no me dejaba ver nada. Entendí que debería galopar un poco tumbado para al menos saber cuando tenía que tirar de las riendas en las esquinas del patio. Oí la señal y arreé a aquella bestia que hizo rechinar las herraduras en las piedras del suelo al arrancar. Todo parecía ir bien hasta que llegué al primer giro. Al tirar de la rienda izquierda me tumbé en esa misma dirección con el fin de ayudar con mi cuerpo en la maniobra, entonces me di cuenta que algo iba mal, de hecho es lo último que recuerdo hasta que desperté en mi cama. Lo primero que vi fue el rostro descompuesto de mi madre, que rompió a llorar cuando me vio abrir los ojos. El llanto duró poco, lo que tardó en salir la hembra madre irracional que ha visto a su cachorro en peligro, y que tiene la obligación de adiestrarlo para que esa situación no vuelva a ocurrir, por supuesto con tintes gaditanos, cosa que me hacía saber que mi metedura de pata había sido considerable:

—¡Hijos de la gran puta, que me vais a matar de un disgusto! Si no fuera porque el médico no me deja te cogía de los pelos y te revoleaba.

Hago aquí un nuevo inciso para explicarle al lector cuantos mundos, diferentes todos ellos, me rodeaban desde que nací, y cómo tenía que estar siempre atento para no confundir mi manera de actuar en todos y cada uno de ellos. Por un lado estaba el estricto protocolo que debía guardar en la Corte, que cambiaba en función de si los momentos eran a solas con mi Señor o no, por otro la relación con la tropa y el servicio, cuando me tocaba, a los que desde mi llegada a España tuve que imprimirle ciertas dotes de mando de las que nunca me gustó hacer uso, por otro la calle con sus tabernas, comercios y otros menesteres menos dignos de elogio o mención, sin olvidar el que considero, si no el más enriquecedor, el más divertido, el mundo de mi madre de puertas para adentro. Ahora que voy conociendo la ciudad en la que

vivo actualmente y a su gente, puedo decir que lo que vivía de pequeño con mi madre era lo que en todo momento se cuece en el interior de cualquier casa puerta gaditana a diario. Aquel momento de explosión, al hablar en plural al principio, se refería también a mi padre, que por su mal hacer había sido expulsado no hacía mucho de las caballerizas. Dicho esto, y pidiendo disculpas si en ocasiones mi lenguaje es demasiado remilgado o por el contrario soez, retomo la narración:

Hubo algo que me asustó todavía más, y fue la figura del caballerizo mayor pidiendo calma primero a mi progenitora y después dirigiéndose a mí con firmeza mientras me miraba a los ojos:

—¿Quién ha aflojado la cincha de la montura?

Mientras lo miraba pensando qué contestar para no implicar a mi Señor, lo entendí todo. Cuando Carlos me dijo que mirara dentro porque le había parecido oír que llegaba alguien, aprovechó para aflojar el arreo, asegurándose así la victoria en aquella competición absurda que se le había ocurrido. Por supuesto estoy convencido que nunca creyó que aquello podría entrañar tanto peligro. Seguramente pensó que su acción solo me desequilibraría haciéndome perder tiempo. En aquel momento no sabía si mi señor había confesado que él también había montado aquel brioso corcel, pero decidí arriesgarme contestando con una respuesta que me hiciera ganar tiempo:

—Yo no he sido, señor.

Mi voz había sonado tan dulce que había convencido a aquel hombre necesitado de un culpable para no asumir la responsabilidad del accidente.

—Entonces habrán sido los mozos. —Después comenzó a susurrar algo que mi madre pudo oír—. Mira que les tengo dicho que cuando empiecen a quitar una montura lo hagan del todo... —Y de

nuevo su voz volvió a ser audible, esta vez con tono atronador: —Los voy a crujir. Estos inútiles se van a enterar de lo que es bueno.

—Los mozos no tienen la culpa de nada. —Carlos, que había entrado en el dormitorio sin que nadie se percatara de ello, habló con una templanza inusual para su edad. —Solo yo soy responsable de lo ocurrido a Beltrán, yo aflojé la cincha de la montura para ganar una apuesta que teníamos entre los dos. He venido a pedirle perdón a él y a vos, doña Manuela.

Así era mi Señor, capaz de asumir sus propios errores y hacerlos públicos si era necesario. Él no era partidario de aquello de que la realeza nunca se equivoca, sino que son los elementos externos los que fallan.

Volviendo al citado veinticinco de septiembre, he de decir que a Flandes llegó la noticia algo después, mediaba el mes de octubre cuando se dio a conocer el fatídico acontecimiento. Es necesario resaltar que el devenir de los días de todos los que vivíamos en la Prinsenhof se fraguó en un despacho sin que nadie lo supiera, y que más o menos un año después se llevaron a cabo aquellos planes de futuro. Ya nada volvería a ser lo mismo. Y en cierto modo, al principio, aquellos planes vinieron a entristecer a mi Señor, que creyó que tras la muerte de su padre, y la lógica liberación del deber de no perderlo de su madre, podría por fin vivir junto a ella. Cuán equivocado estaba.

Y así fue como en el declinar del verano del año 1507 Margarita de Austria, tras enviudar dos años antes de Filiberto II, su segundo marido, y negarse a casarse de nuevo, rechazando ofertas como la de Enrique VII de Inglaterra, recibió de su padre el ofrecimiento de la regencia de los Países Bajos y la tutela de su sobrino Carlos y sus hermanas, y ella aceptó gustosa, pero con condiciones. Quizá aquello fue así por no haber tenido Margarita descendencia, para ser exacto tengo que decir que sí la tuvo, pero que Dios quiso llevarse con él en el mismo momento del parto a aquella niña que nació prematura, fruto del matrimonio con el infante Juan de Aragón y Castilla.

Al principio, en lo que a mi Señor, e incluso a mí, de eso me daría cuenta más adelante, se refiere, su presencia fue esporádica. Se limitaba a observar como discurría nuestro día a día y a dar órdenes al servicio para que las horas de estudio fueran en aumento en detrimento de las de ocio. Y poco a poco su presencia fue más continua hasta que llegó el día en el que, tras tenerlo todo preparado casi sin que nadie lo supiera, puso en liza aquellas condiciones que había puesto al viejo Emperador a la hora de acceder a su ofrecimiento.

La primera fue trasladar la Corte a Malinas, donde construyó una residencia mucho más pequeña que el palacio ducal. Allí se redujo todo menos una cosa, la confianza, que como sabe el lector en abundancia puede llegar a dar asco. La segunda y más importante fue la llegada de algunos personajes que se quedarían para siempre en la vida de Carlos y en la mía propia, los preceptores.

Antes de continuar, creo conveniente hablar por separado de estos cuatro personajes que llegaron a la vida de mi Señor de golpe y que tanto condicionaron, unos de una manera y otros de otra, su vida.

Empezaré por Margarita de Austria. La tía de mi Señor desempeñó un papel desconocido hasta ese momento para el Emperador, el de madre. Cierto es que desde su nacimiento nada faltó en su vida en lo que a lo material se refiere, pero, como he dicho ya en alguna ocasión, en el plano sentimental hubo muchas carencias en sus primeros años. Además del amor que le prodigó, Margarita fue con el tiempo desarrollando hacia su sobrino un sentimiento de admiración enorme, de hecho fue la única que apostó por él siempre y así lo demostró en los momentos cruciales en los que, por ejemplo, el emperador Maximiliano albergó dudas más que razonables acerca de la capacidad de Carlos para aquello para lo que se había pensado para él. Por supuesto la segunda madre de Carlos se rodeó de los mejores para que le ayudaran en su proyecto, los tres preceptores principales de Carlos, de los que hablaré a continuación. No es menos cierto que Maximiliano fue quien los propuso, pero ella hizo una selección de todos los candidatos para quedarse con los que, según ella, podían forjar a un Emperador digno de suceder a su padre. Estuvo siempre al lado de su sobrino hasta que

este decidió trasladar la Corte a Bruselas. Respecto a mí he de decir que los sentimientos de la tía de mi Señor no fueron diferentes conmigo, salvando por supuesto la distancia de la sangre familiar, de ella recibí un calor del que yo afortunadamente si disfrutaba, pero que vino a complementar otras cosas. De hecho, ahora, con el paso de los años, puedo decir con toda la seguridad del mundo que ella me hizo lo que soy, y que sin su preparación jamás habría podido estar a la altura de muchas de las circunstancias que me tocó vivir en la Corte y fuera de ella.

Por importancia, se le consideró el padre adoptivo de Carlos, hablaré en primer lugar de Guillermo de Croy, también conocido como el señor de Chièvres. Guillermo ya había prestado sus servicios con eficacia al Imperio. Su insaciable ambición y su gran capacidad política, a veces agresiva, habían sido sus principales valores para acreditar su trabajo, aunque también es justo reseñar que su inclusión en el mundo de la Corte vino avalada por el que en su juventud fuera su preceptor, el humanista Juan Vives. De él aprendió mi Señor que en muchas ocasiones una buena negociación de despacho puede ahorrar muchas vidas en el campo de batalla, aunque, llegado el caso, el de Chièvres no era reacio a blandir las armas. Hay que ser justos a la hora de decir la verdad, y de Guillermo habría que resaltar que aportó a mi Señor mucha de la grandeza y la gloria que coparon su gobierno, no en vano a Carlos se le atribuye ser el primer gobernante con más carácter político que aristocrático o militar. Pero como nadie es perfecto, no se puede olvidar algo, al menos así lo pienso yo, que viví todo aquello desde muy cerca, y es que Guillermo de Croy intentó hacer de España su feudo, y que de aquella actitud, que hizo relucir, por llamarlo de alguna manera, su inagotable ambición, por supuesto aprovechando la ausencia de mi Señor, vinieron muchos de los desencuentros que este tuvo con la nobleza castellana a la llegada a España, sobre todo al principio, o para ser exactos, hasta que Dios tuvo a bien llamar a su lado al de Chièvres, que, tal vez afortunadamente, fue poco después, concretamente en 1521. Según dicen, murió envenenado a manos de los seguidores de Lutero, aunque nunca se pudo demostrar del todo,

tras la publicación del edicto de Worms. A él se le puede achacar parte del levantamiento de los comuneros por la insistencia a Carlos de nombrar a su sobrino, que por cierto se llamaba igual que él, arzobispo de Toledo con unos ingresos por rentas abusivas al pueblo. El muchacho en cuestión tenía solo veinte años cuando se puso por primera vez la mitra de la archidiócesis toledana, otra marioneta de Guillermo de Croy. Me gustaría aclarar que si el lector ha tenido la sensación que mi relación con el señor de Chièvres fue mala, pues he de decirle que alabo su perspicacia, pues está en lo cierto. Conforme vaya avanzando este relato contaré algunas de las perlas que me hizo vivir, o intentó.

El segundo preceptor del que quiero hablarle al lector es Adriano de Utrecht. Antes de nada, y para no seguir una línea como con Guillermo de Croy, diré que la relación que me unió a él fue estrictamente oficial, con algunos tintes de ternura en algunos momentos, pero nada más. Aquella imagen que trató de dar siempre de que en su vida no entraban más aspiraciones que la de dar clases en la universidad de Lovaina, que lo hizo e incluso llegó a ser rector, llegando a ser después, como fue, el máximo representante de Dios en la tierra, me creó cierto recelo y tardé en confiar plenamente en su persona, y lo hice cuando tuve que luchar brazo con brazo junto a él en la Revolución Comunera. Dicho esto de Adriano de Utrecht, hay que resaltar que fue el pilar religioso de mi Señor. Le inculcó el valor de la humildad de la que él procedía y asentó en su pensamiento una religiosidad que en ciertos momentos llegó a ser extrema. Confiando en las enseñanzas recibidas, Carlos lo envió como su legado a España ante el cardenal Cisneros, que en aquellos momentos regentaba la corona, relevándolo del cargo dos años después por la mala influencia del señor de Chièvres. Aquello, unido al citado anteriormente nombramiento del arzobispo de Toledo, fue el caldo de cultivo del que surgió el también nombrado levantamiento del pueblo español. Mi Señor entendió que el buen Adriano no estaba preparado para todo lo que le tocó vivir y lo premió con algo que el religioso, según sus palabras, tampoco quería, pero que tampoco rechazó, como he dicho antes. Y así, beneficiado por el espaldarazo imperial, comenzó una carrera eclesiástica en la

que ocupó el obispado de Tortosa, el mando absoluto de la Inquisición de Castilla y Aragón, y la entrada en el colegio cardenalicio para culminarla con el papado en el que se hizo llamar Adriano VI.

He querido dejar para el final al que para mí fue, por los pensamientos que trató, y ciertamente consiguió, de inculcar a mi Señor, el más importante de sus preceptores, Mercurino Arborio Gattinara, no volveré a citar lo de Arborio porque sé que no era muy de su agrado. Este político, humanista, fue un gran admirador de Erasmo de Rotterdam, y Cardenal de origen italiano, transmitió al Emperador un concepto que por él mismo superaba cualquier otra enseñanza que recibió durante el proceso de formación para gobernar y por ende durante toda su vida. La idea no era otra que la de afrontar el gobierno del Imperio desde el punto de vista cesarista, pero con la ampliación a la Iglesia. Esta idea, compartida por su abuelo, el emperador Maximiliano, se pensó para Carlos puesto que a él le llegó tarde y no se sintió con fuerzas para imponer la hegemonía de los Habsburgos en Europa. Mercurino quiso hacerle ver que por encima de la conquista territorial, que también era importante, debía prevalecer el conseguir aunar bajo el palio del Imperio a todos los pueblos en torno a la creencia en Dios y en la Iglesia. Para ello fueron determinantes los conocimientos jurídicos del italiano. Tanta y tan grande fue la influencian en Carlos del preceptor, que llegó a creerse en algunos capítulos de su vida que aquella idea cesarista de Imperio era producto de su mente. Diré en su disculpa que la humildad no todos los días se toma para desayunar. El caso es que aquel reto se cumplió a medias, pues si bien se mantuvo a raya a los turcos y alejado al Islam de Europa, además de aunar muchos de los pueblos bajo la bandera española, no es menos cierto que en torno a la Iglesia la unión, buena culpa, o toda, de ello la tuvo Lutero con su reforma, no fue tanta. En cuanto a la aportación al Imperio, Mercurino Gattinara se convirtió en Canciller de mi Señor tras la muerte de Jean de Sauvage, aquel fabricante de tapices de Brujas que, tras seguir los pasos de Guillermo de Croy en España, con su expolio de los productos castellanos, murió de peste en Zaragoza en 1518. Dejemos para gloria del de Sauvage el tratado de Noyon dos años antes,

aunque visto el resultado de la relación entre mi Señor y Francisco I, tal vez no haga falta ni nombrarlo, pero ahí queda.

Tras la mudanza y la nueva compañía, los años fueron pasando en Malinas, pero de una manera muy diferente. Mi Señor, y por ende todos los que estábamos acostumbrados a disfrutar de su presencia, habíamos visto como su libertad había ido mermando hasta casi su totalidad. Desde que se levantaba por la mañana tenía un sinfín de obligaciones que cumplir, bien en forma de clases de aprendizaje, bien en forma de, conforme fue cumpliendo años, recepciones y audiencias de dignatarios o sus representantes. Incluso los juegos con sus amigos de la misma condición social estaban vigilados por Guillermo de Croy. Dichos juegos, llamados así para hacerlos atractivos, aunque con mi Señor no hacía falta, eran en realidad entrenamientos camuflados para ir tomando destreza en la monta o en el manejo de las armas, así, la monta a la jineta, las carreras de caballos o las peleas de lanzas eran las actividades predominantes. Con el tiempo entendí que aquella férrea vigilancia hacia los amigos del futuro Emperador no era otra cosa que controlar el posible aprovechamiento de las familias de aquellos niños por la influencia en el Emperador.

Conmigo ocurrió algo parecido, aunque no con tanta intensidad. Poco después de la llegada de Margarita de Austria, observé cómo mi madre hablaba con ella con mucha frecuencia. No pasó mucho tiempo hasta que me vi enfrascado todas las mañanas entre papeles y enseñanzas que recibía de los ayudantes de Adriano de Utrecht, Charles Poupet y Roberto de Gante. De ellos aprendí latín y filosofía, y de otros, no me apetece nombrarlos por ser ayudantes de Guillermo de Croy, aprendí otras materias. Al principio me rebelé, no quería perder mi libertad a la hora de estar todo el día jugando con mis amigos, pero una conversación con mi madre, jamás olvidaré aquel momento, me hizo ver que ella estaba haciendo una gran labor con la tía de mi Señor para que yo no tuviera una vida como empleado de servicio, que era lo que con total seguridad me esperaba por ser hijo de quien era. Pero mi madre no solo se conformó con eso, le habló a Margarita de mi estre-

cha amistad con su sobrino, por lo que entré a formar parte de los planes de la gobernadora para el futuro Emperador. Mi participación en aquellos planes no eran otros que fomentar aquella amistad de una manera libre, sin vigilancia ni control, excepto en lo horario, dos horas nos dejaban cada día a nuestro libre albedrío. Aquel tiempo libre en mi compañía lo dispuso Margarita de Austria, por supuesto con fruncimiento de ceño por parte de Guillermo de Croy, para que su sobrino pudiera disfrutar del descanso por el trabajo de cada día. Los setos de los jardines de palacio, donde nos escondíamos para hacer nuestras diabluras, las orillas del Dijle, donde hacíamos saltar a las piedras en forma de lascas y otros lugares menos adecuados para nombrar aquí, y menos aún lo que hacíamos allí, más de un marido se hubiera sentido ofendido, fueron nuestros lugares favoritos. Pero ocurrió que con el paso de los años fuimos transformando el uso de aquel, nuestro tiempo. Carlos me propuso que intercambiáramos las enseñanzas de la mañana para así completar nuestros conocimientos y yo acepté encantado, puesto que una vez metido en aquel mundo de la formación, me gustó tanto que todo tiempo se me hacía corto para aprender cosas nuevas. Mi Señor me hablaba de la historia de los pueblos que aprendía por la mañana e incluso, con la escusa de estudiar en su cuarto, pedía a sus profesores las cartas marítimas y los mapas y me los mostraba para que yo también pudiera conocer la geografía de esos pueblos. Cometimos un error, ambos, y fue el no haber intercambiado conocimientos en idiomas, en realidad he de decir que más erré yo que mi Señor, puesto que este que escribe dominaba los mismos idiomas que él, el flamenco, el alemán, el francés y el italiano, pero además yo hablaba el castellano y el latín, materia que se le resistió a Carlos, al latín me refiero, porque es justo decir que si su educación fue fantástica en muchos aspectos, no fue perfecta, porque nadie cayó en la cuenta de que algún día mi Señor tendría que hacerse cargo de uno de los tronos que le correspondían por linaje, el de España, y aquí se habla castellano. Yo también le fallé en ese aspecto. El señor de Chièvres intentó ridiculizarme por primera vez cuando cumplí los trece años. Se había enterado hacía no mucho de mi caída del caballo por la travesura de

mi Señor y quiso que formara parte de las clases de monta que impartía por las tardes a Carlos y a sus amigos. Pero he aquí que, también por primera vez, no lo complací en sus deseos puesto que por aquella época los caballos se habían convertido en una de mis pasiones. Carlos aplaudió eufórico cuándo gané, con bastante holgura, una carrea de cintas a Maximiliano Sforza, que en aquel entonces, tras el Emperador, era el alumno más aventajado en aquella materia.

Quiero contar aquí una anécdota que me ocurrió con el citado Maximiliano Sforza, no lo confunda el lector con el que después ostentó el ducado de Milán, tras la también mencionada carrera de cintas. Desde el día en el que mi Señor puso pie en pared y le dijo a sus amigos como debería ser su comportamiento conmigo, no había vuelto a ocurrir ningún episodio desagradable con ellos. Pero he aquí que el citado día, tras la carrera, vi hablar a Guillermo de Croy con Maximiliano, mientras el segundo lloraba por la impotencia que le había producido no salir victorioso de aquel lance. Poco después, en los establos, mientras cepillaba el caballo que había montado, me gustaba tener ese detalle con los animales cuando se portaban bien, el "amigo" de mi Señor se acercó a mí y con la ira marcada en sus ojos me habló con desprecio:

—No estés tan contento por lo que ha pasado hoy... Has tenido suerte, nada más... Eres un lacayo y aunque ahora disfrutes de placeres que por tu condición no te pertenecen, llegará el día en el que ocupes tu sitio... Tal vez si soy generoso te deje ensillar mi caballo en el futuro.

Lo miré a los ojos y después miré el cepillo que estaba usando, que tenía la agarradera cubierta de cobre, le di la vuelta, cogiéndolo por el lado de las cerdas, y, sin mediar palabra, le asesté un golpe en la nariz que lo tumbó de espaldas. Cuándo se levantó, intentando con las manos taponar la hemorragia, me amenazó con voz nasal:

—¡Pagarás por esto lacayo!

—No... no voy a pagar por esto. —Contesté con serenidad—. Pero es que además tú no vas a decir nada, porque hoy te he roto la nariz,

pero si vuelve a ocurrir algo parecido te abro las entrañas. ¿Ha quedado claro?

Supongo que mi voz sonó convincente, porque lo único que escuché después de aquello es que Maximiliano había dicho, para justificar la herida, que un caballo le había dado una coz. Y es que como bien me dijo mi madre en más de una ocasión, "Más vale uno colorao que ciento amarillo".

Llegaron nuestros catorce años y, lógicamente, nuestro aspecto fue cambiando. Al crecimiento de nuestros cuerpos había que añadirle la adaptación a la moda y uso de aquel entonces. Nuestros cabellos lucían en una media melena que nos tapaba de la vista las orejas y que se redondeaba en nuestra frente en un, perfectamente peinado, flequillo. Ya no usábamos aquellas ropas infantiles y en cambio lucíamos ricas y coloridas camisas de seda o encajadas chaquetas, según el tiempo, las calzas largas y las botas completaban nuestro atuendo. No puedo evitar sonreír al recordar aquellos primeros flirteos con las muchachas de la Corte, y con las que no eran de la Corte, que además no tenían una educación ni un pudor tan enraizados en su moral católica. En cuanto a nuestro aspecto físico he de decir, no por echarme flores, sino porque era la verdad, que yo gané mucho más que mi Señor. Su labio inferior se fue adelantando según crecía, cosa que hacía que se le desencajasen las mandíbulas, con lo que siempre tenía la boca abierta, detalle que todavía le hacía parecer más despistado de lo que en realidad era. Aquel achaque no le hizo perder el apetito, pero le trajo como consecuencia de no masticar bien unas terribles digestiones de las comidas que le acarreaban además un continuo mal color de cara. Se ha rumoreado mucho, sobre todo entre los que no lo conocieron personalmente, que tartamudeaba con mucha frecuencia. Sí, es cierto, tartamudeaba como una monja asustada, pero este detalle no debe mermar la opinión que se pueda tener de él, al contrario, piense el lector que si una persona con las taras que he detallado anteriormente, que, además como consecuencia de ellas, le hizo poseer un carácter tímido y nada resolutivo que llegó a crearle una penosa imagen en

ciertas ocasiones llegó hasta donde llegó, ¿qué no habría hecho de no tenerlas? Lo cierto y verdad es que aquella manera de actuar, además de lo que ya he dicho anteriormente, fue fruto de haber puesto sobre sus espaldas desde muy temprana edad la responsabilidad de la corona imperial, algo para lo que ni él mismo pensaba que estaba preparado. Fueron fugaces los momentos en los que hacía gala del futuro que le esperaba, siempre en privado, en aquellas dos horas que nos dejaban a solas. Recuerdo que siempre decía lo mismo:

—Beltrán, algún día, cuando yo sea Emperador, tú y yo nos reiremos del mundo, sobre todo de los profesores que no nos dejan hacer lo que nos viene en gana.

Se equivocaba. Aquellos profesores de los que hablaba serían en el futuro Consejeros que de una manera u otra estuvieron mucho tiempo haciendo suya la voluntad del Emperador. Después de aquellos momentos de ilusoria libertad volvía la asfixia de la obligación a la que no le quedaba mucho tiempo para hacerse efectiva.

Aunque no venga muy a cuento en este momento, no me gustaría dejar de mencionar algo que, como otras muchas cosas, habla de la grandeza y a la vez de la humanidad de mi Señor. Conforme fuimos abandonando la niñez Carlos se fue dando cuenta cada vez más de que en realidad tanto él como sus hermanas eran huérfanos, poco importaba que su madre siguiera viva estando donde estaba y de la manera que estaba. Poco a poco fue tomando, más que el de hermano mayor, el papel de padre tanto de Leonor, como de Isabel y María, con las que lo unía una gran relación de cariño, pero desde entonces también de protección, algo que se prolongó mientras vivieron. Les prometió a todas un gran futuro con matrimonios con grandes Reyes y Príncipes y salvo en una ocasión con Leonor, cumplió con creces su palabra.

Volviendo al carácter tímido de mi Señor he de decir que hubo un momento en el que ni su propio abuelo, como he dicho anteriormente, vio claro que su nieto fuera capaz de llevar a cabo aquello para lo que se le había preparado. Para dar veracidad a esto que estoy dicien-

do pondré en antecedentes al lector para que entienda que si me atrevo a decir esto es por algo. No miento cuando digo que la educación que recibí no contempla según qué cosas, y de la que voy a hablar a continuación es una de ellas, pero no es menos cierto que, llevando la vida que he llevado, no me ha venido mal desatender, de vez en cuando, aquello para lo que se me aleccionó. La conversación que narro a continuación la oí de manera furtiva, como hice con otras muchas, para no decir la verdad a medias he de admitir que en algunas ocasiones de una manera indecorosa, si es que existe alguna situación en la que el decoro pueda incluirse en escuchar a los demás cuando estos no saben que lo estás haciendo. Esta en concreto, la escuché apostado bajo una ventana de la habitación que daba al patio en el que me entretenía mientras el futuro Emperador terminaba sus clases con Guillermo de Croy, y fue entre Maximiliano I, abuelo de mi Señor, y su tía Margarita de Austria. Tenía mi persona en aquel entonces catorce años, si mal no recuerdo, y se desarrolló de la siguiente manera:

—Hija mía... don Carlos me preocupa... Parece estar siempre ausente, como si lo que ocurre a su alrededor nada tuviera que ver con él... Tal vez nunca lleguemos a conseguir hacer de él ese líder que queremos... Es posible que tengamos que asumir que nos hemos equivocado en nuestras ilusiones de futuro.

—Padre... no desvanezcáis... vuestro nieto es inteligente, pero hay que reconocer que muchas veces... todas diría yo... se ve obligado a exteriorizar esa timidez por todo lo que lo rodea... La Corte de Malinas es pequeña. Sus Consejeros le crean muchas veces un universo de presiones e influencias que lo desequilibran... He visto cómo se han desarrollado delante de mis ojos situaciones en las que las suspicacias, intrigas o favores personales pedidos a vuestro nieto han sido contradictorios... Lo envenenan con fabulaciones que a nada llevan, quizá por el aburrimiento, desazonando su espíritu y su calma... Por favor... padre... confiad en mí... este niño, que ya no lo es tanto, se convertirá en el más grande Emperador que la humanidad haya conocido. Permitidme esta certidumbre y no penséis por ello que estoy desmereciendo vuestra valía.

Sin duda aquellas palabras calaron hondo en el parecer del gran Maximiliano I, que desde aquel momento no volvió a dudar de la capacidad de su nieto.

Llegó el año 1515 y con él nuestra mayoría de edad. Aquella fecha traería cambios significativos a nuestras vidas, pero no solo los que nosotros esperábamos, vendrían otros que nos harían para siempre despedirnos de aquella vida fácil de estudios, fiestas y amoríos inocentes, aunque furtivos. Las fiestas no es que terminaran, de hecho fueron en aumento, pero ya no podíamos comportarnos de la misma manera, ya nuestra compostura y proceder estaría para siempre en boca de todos para juzgarnos con mayor o menor acierto dependiendo de la cercanía y afecto a mi Señor. A partir de aquel momento fui cogiendo soltura a la hora de esconder a los ojos de los demás lo que mi Señor no quería que se supiera, haciéndome poseedor de muchos secretos, a veces estos secretos eran de alcoba, la mía para ser más exactos, puesto que me hice valedor de una fama de mujeriego en la Corte cuando en realidad era mi Señor el que yacía con la dama de turno en mis aposentos, alguna incluso con su amor entregado a otro hombre a los ojos de Dios. Estoy pensando que ya que dije al principio de estas memorias que lo iba a contar todo, he de decir que a veces me aproveché, sé que puede sonar miserable, de la condición de casadas de aquellas mujeres para, tras velada amenaza, yacer también con ellas, no todo iba a ser sufrimiento por mi parte. Otras veces se trataba de asuntos de Estado escondidos incluso a los preceptores, cosa que hizo que Guillermo de Croy, en especial, fuera aumentando su odio hacia mí, puesto que hacerlo hacia mi Señor hubiera sido su muerte política.

Fue precisamente aquel veinticuatro de febrero, mientras disfrutábamos de la celebración de nuestro quince cumpleaños, quiso mi Señor que la fiesta fuera compartida, cuando Carlos me llevó aparte y me comunicó lo que yo más o menos sospechaba, su intención de que lo acompañara en sus planes de futuro. Pero no me lo dijo de manera oficial, lo hizo como un amigo se dirige a otro, sin fórmulas prediseñadas ni retóricas, tratándose de nosotros no eran necesarias.

—Beltrán, quiero que a partir de hoy estés siempre a mi lado. Te necesito como un hombre de Corte, pero también te necesito para tener contigo la intimidad de la que hemos disfrutado desde hace años. No quiero oficializar con ningún cargo tu compañía, así nadie podrá decirme nunca que invades competencias ajenas. Tendrás carta blanca para trabajar en mi nombre donde te mande y para lo que te mande. Y, como te he dicho antes, estarás conmigo en la intimidad para tomar decisiones, que habrá que tomarlas, créeme, fuera de la vista y los oídos de los demás.

—Así será si así lo quieres. Pero veo un pequeño problema. —Desde que empezara mi formación había habido alguien que, sutilmente, me había puesto más de una zancadilla para alejarme del futuro Emperador.

—¿Un problema? Explícate.

—Me refiero a Guillermo de Croy.

—¿Guillermo de Croy? Despreocúpate... Él vino a mí por mi abuelo y ahora, con mi mayoría de edad, tendrá que aceptar que estará bajo mis órdenes. Si no le parece bien siempre podrá volver al lugar del que vino y agasajar al viejo Emperador con sus consejos.

Me tranquilizaron aquellas palabras en torno al señor de Chièvres, aunque, como he dicho anteriormente, su presencia se dilató en el tiempo hasta su muerte.

En lo que a la carrera de mi Señor hacia la gloria se refiere, aquella mayoría de edad trajo la subida de un nuevo escalón. Se tradujo en el desuso del título de duque de Luxemburgo para tomar el de duque de Borgoña. Aquel nuevo nombramiento le proporcionó la adquisición de una cota considerable de poder, poder que perdió su tía, Margarita de Austria. Era algo esperado, por lo que no trajo consigo controversia alguna. Su madre adoptiva, criada entre los algodones, y también las espinas, de la Corte, aceptó como normal aquella sucesión en la dirección de los designios de los Países Bajos. En Malinas empezó a palparse que el señorío tenía los días contados allí, por lo que mu-

chos de los Privados, Nobles y Consejeros cambiaron de aires y empezaron una lenta migración hacia Bruselas, que por otra parte era lo lógico debido al auge de la citada urbe. El traslado a Malinas de la Corte durante el gobierno de Margarita de Austria se debió a su necesidad, o capricho, de alejarse del mundanal ruido que producía una nobleza acostumbrada a grandes fiestas y reuniones sociales de las que ella, enviudada poco antes de aceptar la propuesta de su padre, quería huir. No tardó mucho hasta que Carlos nos reunió a mí y a su hermana Leonor para comunicarnos lo que todo el mundo sabía, el traslado de la Corte.

—Nuestro tiempo aquí ha terminado. En Bruselas nos aguarda la dirección de aquello para lo que hemos sido educados.

—¿Me estáis diciendo que queréis que os acompañe? Pero... ¿Qué pasará con doña Margarita? —Preguntó Leonor con preocupación.

—Ella permanecerá aquí en Malinas. Debe finalizar con nuestras hermanas el trabajo que con nosotros ya ha concluido. Y tú Beltrán, como ya sabes, vendrás con nosotros.

No contesté, no hacía falta. Un leve asentimiento de cabeza por mi parte fue suficiente una vez que había dado a entender a su hermana que yo sabía de aquello con anterioridad. Pude observar en la Infanta una media sonrisa de satisfacción por la decisión en torno a mí, ella sabía de nuestra conexión y entendió que compañía como la mía le iba a hacer falta al futuro Emperador, y a ella.

En este punto me gustaría hablarle al lector de mi relación con Leonor, que fue, por edad, con la que tuve una cercanía mayor que con el resto de sus hermanas. Con el infante don Fernando la cosa fue diferente, aunque de ello hablaré más adelante. Una vez que Margarita de Inglaterra murió y las amas de cría unieron a los Infantes a sus hijos en las horas de juegos, Leonor se impuso ser, era la mayor de todos, la cuidadora de aquel tropel de chiquillos que a veces escapaban de los ojos de quienes tenían que velar por nuestro bienestar. El caso fue que

conforme fuimos creciendo, y ya con Margarita de Austria en escena, hubo un tiempo en el que sentía un cosquilleo en mi estómago cada vez que estaba con la hermana mayor de mi Señor. No me entienda mal el lector, aquello no pasó de los ensoñamientos de un niño que empezaba, o más bien aprendía, a amar. No se prorrogó en el tiempo ni me dejó esa huella del primer amor del que mucha gente habla, pero si he de ser sincero, aunque esto que diré a continuación fue solo mi impresión, jamás se lo pregunté a ella ni creí conveniente hacerlo a mi Señor, también noté en ciertas ocasiones unas miradas por su parte que tal vez escondían los mismos sentimientos que las mías. En cualquier caso son cosas que nunca sabré y ciertamente tampoco me quitan el sueño, prefiero quedarme con el recuerdo y con la relación que tuve con ella durante todos los años que convivimos, aunque fuera en la lejanía en algunos periodos. Lo que quería decir es que desde que Leonor se autoproclamó la lugarteniente del patio de palacio, fue lentamente convirtiéndose en la representación de la serenidad y el orden para Carlos, y eso mi Señor lo aceptó de muy buena gana y lo premió con el tiempo. Aquella decisión de que ella lo acompañara a Bruselas fue la primera demostración. En cuanto a mí, fue lo suficientemente lista, se dio cuenta incluso antes que su tía Margarita, para no restar ni un minuto de mi presencia ante su hermano. Entendió que lo que yo le aportaba no se lo daban el resto de los niños de nuestra edad con una condición social aristocrática. Ella compartía, como he dicho antes, las largas jornadas lúdicas con nosotros y pudo observar como aquellos hijos de la nobleza en realidad iban buscando, cual culebras, algún interés para sus progenitores e incluso para ellos mismos, aunque habría que disculparlos ya que iban mandados y aleccionados por aquellos que les habían dado la vida.

Y llegó aquel día, que no por esperado fue menos duro, el de la despedida. Cada uno de los que compartíamos la vida en Malinas dejaríamos algo atrás a partir de ese momento, en el caso de Margarita de Austria fue al contrario, se le iba aquello a lo que había dedicado casi los últimos diez años de su vida, forjar al próximo Emperador de me-

dio mundo. En mi caso la cosa no fue menos leve, tenía que separarme de mis padres, más bien diré que de mi madre, puesto que mi padre estaba siempre ausente, aunque estuviera comiendo a mi lado. Traté por todos los medios que me acompañaran, lo hablé con mi Señor y no solo no puso ningún contratiempo, sino que se encargó de hablar con su tía para que lo permitiera. Pero he aquí que hubo dos razones de peso que lo impidieron. Por un lado estaba la posición de mi padre, que se plantó y dijo que ya había viajado bastante y que de moverse de Malinas sería para volver a Cádiz. Así era su inconsciencia, incapaz de darse cuenta que su voluntad en su vida, estando al servicio de quien estaba, era lo menos importante, pero se salió con la suya, la de no moverse de Malinas, porque vino la otra razón, que por lógica y compromiso hizo que no vinieran conmigo a la recién inaugurada Corte, y fue la postura de mi madre. Cuando la tía de mi Señor la llamó a sus aposentos para comunicarle su cambio de destino, ella contestó con una serie de argumentos que hicieron desistir de cualquier intento de obligarla a marcharse, así me lo contó el día antes de la partida:

—Verás hijo... nada en este mundo me produce más dolor que separarme de ti, pero tienes que entender, y esto que te voy a decir espero que te sirva como lección de vida, que moralmente me debo a doña Margarita. Ella aceptó por mi insistencia hacer de ti lo que eres y ahora no sería ni justo ni honesto por mi parte que me separara de su lado. Por no hablar de tu padre, ya sabes que con él tengo que estar siempre ojo avizor como si todavía tuviera cinco años... Beltrán... don Carlos y doña Leonor se van, sí... pero aquí quedan las infantas Isabel y María, a la que hay que proporcionarles todavía cuidados hasta que llegue su momento. Además, he consagrado toda mi vida a la cría de niños... ¿Qué iba a hacer yo en Bruselas con una mujer hecha y derecha y dos hombres como dos trinquetes? Pero no quiero que pienses que no te voy a echar de menos... Fuiste, eres y serás mi niño siempre. Te quiero demasiado como para pensar en el día a día sin ti, pero la vida es así y así nos ha tocado vivirla.

Aquella familiaridad que usó para referirse a mi Señor y a su hermana, de las pocas veces que lo hizo en su vida, me enterneció y a la vez me hizo sentirme orgulloso por la lealtad que demostraba aquella que me trajo al mundo. Sus argumentos fueron tan contundentes que no traté de convencerla, al igual que no lo hizo Margarita de Austria.

Aunque he escrito antes que la despedida fue de mi madre, he de decir que la de mi padre también existió. Con mi edad ya voy repartiendo justicia a mi opinión con respecto al quehacer de los demás y con mi padre no iba a ser menos. Tal vez juzgué sus actos con demasiada dureza, y no miento si digo que hasta este mismo instante en el que la tinta va dando forma a mis recuerdos no puedo sino avergonzarme por no haber ensalzado antes sus escuetas, pero cariñosas palabras de despedida:

—Beltrán hijo mío... Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Desde el momento en el que te vayas tendré que aprender a vivir sin tu presencia.

Para seguir siendo honesto he de decir que aquellas palabras me las dijo poco antes de partir. Ya todo estaba dispuesto en el patio de palacio a falta de la concurrencia de mi Señor y su hermana. Sentí la rabia por la falta de cariño por su parte durante tantos años y esa rabia me arrancó lágrimas de mis ojos. Por supuesto me aparté de él para que no me viera llorar y fui a refugiarme del calor que aquel día nos azotaba desde temprano a la sombra de un ciruelo. Allí me tranquilicé hasta el punto que mi atención se centró en los bruños que pendían de aquellas ramas, listos ya para su consumición. Aun sabiendo del peligro que tiene esta fruta cuando se toma caliente, no pude resistir la tentación de engullir tres de ellos, los mejores, parecían estar rellenos de pan de oro. El resultado fue el esperado y mi cuerpo no tardó en descomponerse. Estoy convencido que el lector sabrá de ese sudor frío que cae por la frente cuando la necesidad de acudir a una letrina es casi cuestión de vida. El caso es que tan ciego iba por el ansia y la necesidad que no pude ni siquiera dar la vuelta para entrar en palacio

por la puerta y salté por una de las ventanas, ciego ya de desesperación y con el temor de hacerme mis necesidades encima, que pertenecía a uno de los despachos en los que normalmente Margarita de Austria trataba los asuntos oficiales. Para mi suerte estaba vacío, pero no pude avanzar más y allí me quedé, escondido tras las cortinas y desahogando mi cuerpo en una jofaina que encontré en un aparador. Terminando estaba cuando oí que la puerta se abría y que alguien entraba a la habitación. Mis peores temores se cumplieron al conocer la voz de la tía de mi Señor y la de este mismo.

Tuve la mala suerte, o buena, según se mire, de que mi cuerpo me jugara aquella mala pasada, puesto que me permitió estar presente, aunque de una manera furtiva, en aquel momento. Es de justicia por mi parte reconocer que lo que a continuación transcribo no es la conversación entera, puesto que empecé a prestar atención una vez que me había recuperado de aquella evacuación infernal que me produjeron las ciruelas, y por supuesto tras quitarme la camisa para tapar la palangana para que el hedor no delatara mi presencia. De lo que sí puedo dar fe es del tono emocionado de los dos:

—Señor... mi trabajo ha terminado. —Dijo Margarita secándose una lágrima que asomó tímidamente.

—Ya sabéis que os tengo por madre mía y de mis hermanas, y que me gusta que me llaméis por mi nombre, sobre todo hoy que me alejo de vos... Nunca olvidaré el regazo de amor que encontré siempre en vuestra persona... Ciertamente debería pediros perdón por nuestras travesuras y los disgustos que os hayamos ocasionado.

—Tal es la tristeza que siento por vuestra partida, que no quiero sino recordar lo inmensamente feliz que me habéis hecho todo el tiempo que hemos compartido y que esas travesuras de las que habláis, aunque en el momento me turbaran la razón, hoy he de reconocer que me daban el ánimo y la fuerza para vivir.

—Mi tía querida... —Carlos le acarició la mejilla cariñosamente mientras sonreía con ternura. —Nos veremos más de lo que imagináis,

pero quiero marcharme pensando que estaréis bien, que vuestra decisión de permanecer aquí es realmente acertada.

—No os preocupéis por mí. Fui educada para acatar resignadamente los designios que sobrepasaran a mi persona, y es lo que haré con la decisión que habéis tomado en conjunto mi padre y vos... Mi vida está aquí en Malinas... es donde quiero seguir y donde quiero cerrar por última vez mis ojos cuando Dios me llame a su lado. —Gimoteó. —Que el altísimo os acompañe siempre, Señor. —Su vano intento de arrodillarse para besar la mano del futuro Emperador se vio cortado por una mirada cálida de su sobrino que vino sucedida de un cálido beso en la frente.

De la mudanza a Bruselas lo único tranquilo fue el viaje. Una vez en nuestro nuevo destino todo fueron prisas y carreras por organizar cuanto antes la Corte y adecentar los edificios y despachos en los que mi Señor empezaría a ejercer en su recién inaugurado gobierno. Creo recordar que no hacía ni un mes desde que salimos de Malinas cuando las caras desencajadas de los criados, que acompañaron aquella mañana al mensajero recién llegado de España ante mi Señor, nos anunciaron que algo grave pasaba. Y en efecto así era. Según rezaba en aquella carta Fernando el Católico se moría.

No voy a esconder al lector que me supuso cierta satisfacción ver la cara de indignación de Guillermo de Croy cuando, tras intentar dar las directrices de lo que había que hacer, fue vetado con un gesto de Carlos que, tras escuchar con atención al correo y despedirlo dándole las gracias, así de considerado era mi Señor, mandó llamar al deán de Lovaina. Adriano de Utrecht, en un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en el elegido para regentar las Españas tras la, según parecía, inminente muerte de Fernando el Católico. No tardó el religioso en acudir con denuedo a presencia de su Señor, por ende el mío, y con abnegada atención escuchó aquella delicada misión que se le encomendaba:

—Padre... mi abuelo materno, el rey de España, se muere... —El religioso se persignó mientras susurraba una oración. —Desde que llegasteis a mi lado he aprendido mucho de vos. Presumo de haber disfrutado de vuestra sabiduría y prudencia... Por ello he resuelto que, si Dios ha tenido a bien llamar a su presencia al que ha reinado con presteza y férrea religiosidad la que ha de ser mi patria, seáis vos quien me represente en aquellos reinos hasta mi llegada.

—No tengo más que agradeceros la confianza depositada en este humilde servidor de Dios. Intentaré por todos los medios no defraudaros en mi empresa.

—Sé que no lo haréis, por eso en pensado en vos... Mandaré preparar cuanto antes los poderes para que obréis en mi nombre en todo lo que sea necesario, y así podáis partir cuanto antes... Es mi principal deseo que hagáis saber a mis futuros súbditos que no haré de rogar mi presencia allí.

—Vuestros deseos no son sino órdenes que cumpliré con presteza, Señor.

Transcurrido un tiempo desde la partida de Adriano de Utrecht, nunca me acostumbré a llamarlo santidad ni Adriano VI, pude saber por una carta escrita por él que los poderes que recibió de Carlos, firmados como príncipe de las Españas, no sentaron nada bien en la rancia Castilla, y que el moribundo Rey en persona se indignó hasta nublar su conciencia y dar rienda suelta a su regia lengua, palabras para las que después tuvo que hacer acopio de humildad y rectificarlas. Y digo bien cuando digo humildad porque el abuelo de mi Señor no quiso en primera instancia ni escuchar el mensaje de su nieto. La palabra príncipe, aquel título que sin duda él tenía reservado para don Fernando, lo enervaron sin darse cuenta que aquel que le escribía desde el corazón de Europa también era sangre de su sangre. Para que el lector pueda entender mejor a lo que me refiero, y de camino saber que en la aristocracia también cabe la ceguera por la ira, transcribo literalmente aquellas palabras que escuchó el deán de Lovaina del ayudante de cámara del Católico:

—Solo viene a ver cómo me colocan la mortaja para luego contárselo a aquel que ya se hace llamar Príncipe sin ni siquiera saber que tengo pensado para el legado de mi reino. Que vuelva por donde ha venido y que no me moleste, no tengo tiempo para él.

Sea porque recapacitó en soledad, sea porque alguien de su real entorno le dio los consejos adecuados, el caso es que finalmente Adriano de Utrecht fue recibido en audiencia por el rey Fernando y escuchó, sorprendiéndose mucho según he podido saber, los buenos deseos y las no menos buenas disposiciones de su nieto. Quizá fuera lo mejor que escuchó en lo poco que le quedaba de vida, pero de eso hablaré en mi próximo capítulo.